Red Mundial de Oración del Papa

VENEZUELA

NUEVO CIELO TIERRA NUEVA

«Después de haber matado al hijo de Dios que se hizo hombre, nada es imposible. Pero Dios, no los poseedores de armas de destrucción masiva, es el señor de la historia y del destino humano. De las ruinas Él puede crear un nuevo cielo y una nueva Tierra, habitada por seres humanos transfigurados, cuidadores y amigos de toda vida.

Es nuestra fe y nuestra esperanza»

Leonardo Boff

BOLETÍN No. 56 **NOVIEMBRE 2024**

Índice

EDITORIAL 3

INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, NOVIEMBRE 2024
"POR LOS QUE HAN PERDIDO UN HIJO" 5

EL PELIGRO DE UNA GUERRA NUCLEAR Y
DE UN CIELO BLANCO, ***Leonardo Boff*** 11

CUIDAR, SER CUIDADO, PERO ¿QUIÉN CUIDA DEL CUIDADOR?,
Leonardo Boff 15

ORACIÓN: LA ORACIÓN DE LA SED, ***José Tolentino Mendonça*** 20

LOS PUEBLOS NO SE SUICIDAN, ***Luis Ugalde s.j.*** 21

POBRE EDUCACIÓN PARA LOS POBRES, ***Antonio Pérez Esclarín.*** 25

REFLEXIÓN, ***Antoine de Saint-Exupéry*** 29

¿DIGNIDAD INFINITA? ¿DE VERDAD?, ***Juan Salvador Pérez*** 30

UN MUNDO QUE HA PERDIDO EL CORAZÓN, ***Leonardo Boff*** 36

ORACIÓN: ELOGIO DE LA SED, ***José Tolentino Mendonça*** 42

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS 43

LA BONITA HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO
ACERCA DE LA MUERTE 47

REFLEXIÓN / CONTACTOS 53

ÁLVARO LACASTA S.J.
Director Nacional de la Red Mundial de la Oración del Papa. VENEZUELA

* * *

Editorial

Como cristianos, el 2 de noviembre conmemoramos a los difuntos de la familia, y demás difuntos de la humanidad. El Papa nos ofrece su palabra y criterio, la expectativa y sorpresa que conlleva esta fecha.

La Espera expresa el sentido de la vida, porque vivimos a la espera del encuentro con Dios. Todos vivimos a la expectativa, con la esperanza de escuchar un día aquellas palabras de Jesús: «Venid, benditos de mi Padre» (Mt 25,34).

La Sorpresa. Esta cita del Evangelio no es para endulzar el saber de la Palabra de Dios, en este día. Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento y te dimos de beber? …

Porque frecuentemente, por conveniencia o comodidad, tendemos a suavizar el mensaje de Jesús, a diluir sus palabras: «Todo lo que hiciste a uno de estos hermanos míos más pequeños a mí me lo hiciste», sentencia Jesús.

El evangelio explica cómo vivir **la espera** y **la sorpresa**; pues vamos al encuentro de Dios amando porque él es amor.

El día de nuestra despedida, la sorpresa será feliz si ahora nos dejamos sorprender por la presencia de Dios que nos espera entre los pobres y heridos del mundo. No tengamos

miedo de esta sorpresa: avancemos a lo largo de la vida, en las cosas que nos dice el evangelio, para ser juzgados justos al final. Dios espera ser acariciado no con palabras sino con hechos.

Hoy es un buen día para rezar y orar por nuestros familiares difuntos, y por nosotros mismos.

* * *

Amigos: **les sugiero con cierta vehemencia** la lectura de los artículos:

«El peligro de una guerra nuclear y de un cielo nuevo» de *Leonardo Boff*.

«Cuidar, ser cuidado, pero ¿quién cuida del cuidador?» *Leonardo Boff*.

«Los pueblos no se suicidan» de Luis Ugalde s.j.





INTENCIONES DE ORACIONES
DEL SANTO PADRE CONFIADAS A
LA RED MUNDIAL DE ORACIÓN
SEPTIEMBRE

POR LOS QUE HAN PERDIDO UN HIJO

"Oremos para que todos los padres que lloran la muerte de un hijo o una hija encuentren apoyo en la comunidad y obtengan del Espíritu consolador la paz del corazón"

La muerte es una experiencia que toca a todas las familias, sin excepción. Forma parte de la vida; sin embargo, cuando toca los afectos familiares, la muerte nunca nos parece natural. Para los padres, vivir más tiempo que sus hijos es algo especialmente desgarrador, que contradice la naturaleza elemental de las relaciones que dan sentido a la familia misma. La pérdida de un hijo o de una hija es como si se detuviese el tiempo: se abre un abismo que traga el pasado y también el futuro. La muerte, que se lleva al hijo pequeño o joven, es una bofetada a las promesas, a los dones y sacrificios de amor gozosamente entregados a la vida que hemos traído al mundo.

Muchas veces vienen a misa a Santa Marta padres con la foto de un hijo, de una hija, niño, joven, y me dicen: «Se

marchó, se marchó». Y en la mirada se ve el dolor. La muerte afecta y cuando es un hijo afecta profundamente. Toda la familia queda como paralizada, enmudecida. Y algo similar sufre también el niño que queda solo, por la pérdida de uno de los padres, o de los dos. Esa pregunta: «¿Dónde está papá? ¿Dónde está mamá?». —«Está en el cielo». —«¿Por qué no la veo?». Esa pregunta expresa una angustia en el corazón del niño que queda solo. El vacío del abandono que se abre dentro de él es mucho más angustioso por el hecho de que no tiene ni siquiera la experiencia suficiente para «dar un nombre» a lo sucedido. «¿Cuándo regresa papá? ¿Cuándo regresa mamá?». ¿Qué se puede responder cuando el niño sufre? Así es la muerte en la familia. En estos casos la muerte es como un agujero negro que se abre en la vida de las familias y al cual no sabemos dar explicación alguna. Y a veces se llega incluso a culpar a Dios. Cuánta gente —los comprendo— se enfada con Dios, blasfema: «¿Por qué me quitó el hijo, la hija? ¡Dios no está, Dios no existe! ¿Por qué hizo esto?». Muchas veces hemos escuchado esto. Pero esa rabia es un poco lo que viene de un corazón con un dolor grande; la pérdida de un hijo o de una hija, del papá o de la mamá, es un gran dolor. Esto sucede continuamente en las familias. En estos casos, he dicho, la muerte es casi como un agujero.

Pero la muerte física tiene «cómplices» que son incluso peores que ella, y que se llaman odio, envidia, soberbia, avaricia; en definitiva, el pecado del mundo que trabaja para la muerte y la hace aún más dolorosa e injusta. Los afectos familiares se presentan como las víctimas predestinadas

e inermes de estos poderes auxiliares de la muerte, que acompañan la historia del hombre.

Pensemos en la absurda «normalidad» con la cual, en ciertos momentos y en ciertos lugares, los hechos que añaden horror a la muerte son provocados por el odio y la indiferencia de otros seres humanos. Que el Señor nos libre de acostumbrarnos a esto. En el pueblo de Dios, con la gracia de su compasión donada en Jesús, muchas familias demuestran con los hechos que la muerte no tiene la última palabra: esto es un auténtico acto de fe. Todas las veces que la familia en el luto —incluso terrible— encuentra la fuerza de custodiar la fe y el amor que nos unen a quienes amamos, la fe impide a la muerte, ya ahora, llevarse todo.

La oscuridad de la muerte se debe afrontar con un trabajo de amor más intenso. «Dios mío, ilumina mi oscuridad», es la invocación de la liturgia de la tarde. En la luz de la Resurrección del Señor, que no abandona a ninguno de los que el Padre le ha confiado, nosotros podemos quitar a la muerte su «aguijón», como decía el apóstol Pablo (1 Cor 15, 55); podemos impedir que envenene nuestra vida, que haga vanos nuestros afectos, que nos haga caer en el vacío más oscuro. En esta fe, podemos consolarnos unos a otros, sabiendo que el Señor venció la muerte una vez para siempre. Nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios. El amor es más fuerte que la muerte. Por eso el camino es hacer crecer el amor, hacerlo más sólido, y el amor nos custodiará hasta el día en que cada lágrima será enjugada, cuando «ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto, ni dolor» (Ap 21, 4). Si nos

dejamos sostener por esta fe, la experiencia del luto puede generar una solidaridad de los vínculos familiares más fuerte, una nueva apertura al dolor de las demás familias, una nueva fraternidad con las familias que nacen y renacen en la esperanza. Nacer y renacer en la esperanza, esto nos da la fe.

Pero quisiera destacar la última frase del Evangelio que hemos escuchado hoy (cf. Lc 7, 11-15). Después que Jesús vuelve a dar la vida a ese joven, hijo de la mamá viuda, dice el Evangelio: «Jesús se lo entregó a su madre». ¡Esta es nuestra esperanza! Todos nuestros seres queridos que ya se marcharon, el Señor nos los devolverá y nos encontraremos con ellos. Esta esperanza no defrauda. Recordemos bien este gesto de Jesús: «Jesús se lo entregó a su madre», así hará el Señor con todos nuestros seres queridos en la familia. Esta fe nos protege de la visión nihilista de la muerte, como también de las falsas consolaciones del mundo, de tal modo que la verdad cristiana «no corra el peligro de mezclarse con mitologías de varios tipos», cediendo a los ritos de la superstición, antigua o moderna (cf. Benedicto XVI, Ángelus del 2 de noviembre de 2008).

Hoy es necesario que los pastores y todos los cristianos expresen de modo más concreto el sentido de la fe respecto a la experiencia familiar del luto. No se debe negar el derecho al llanto —tenemos que llorar en el luto—, también Jesús «se echó a llorar» y se «conmovió en su espíritu» por el grave luto de una familia que amaba (Jn 11, 33 37). Podemos más bien recurrir al testimonio sencillo y fuerte de tantas familias que supieron percibir, en el durísimo paso de la muerte, también el seguro paso del Señor, crucificado y resucitado,

con su irrevocable promesa de resurrección de los muertos. El trabajo del amor de Dios es más fuerte que el trabajo de la muerte. Es de ese amor, es precisamente de ese amor, de cual debemos hacernos «cómplices» activos, con nuestra fe. Y recordemos el gesto de Jesús: «Jesús se lo entregó a su madre», así hará con todos nuestros seres queridos y con nosotros cuando nos encontremos, cuando la muerte será definitivamente derrotada en nosotros. La cruz de Jesús derrota la muerte. Jesús nos devolverá a todos la familia.

Papa Francisco

COMENTARIO PASTORAL

Cuando uno ve en televisión las imágenes de esa madre abrazando a su hijo pequeño muerto por los bombardeos en Gaza, se le encoge el corazón. No es una enfermedad irreversible la que ha matado miles de niños y jóvenes en el territorio palestino, sino las bombas. ¿Cómo es posible tanta maldad? Y es ahí cuando nuestra mente y nuestro corazón se vuelven a Jesucristo: ¿Por qué permites eso? ¿Para qué sirve tanto dolor, tanto sufrimiento? Y Jesús no nos responde con palabras, sino con su cuerpo clavado en la cruz. También Él sufrió el imperio del mal, también Él le reclamó de algún modo a su Padre, "pase de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya". Y la Virgen María sufrió terriblemente, como sufren tantas madres que pierden a sus hijos pequeños. Fue la espada que le anunció Simeón que le iba a atravesar el corazón (Lc.2,35).

Pero la muerte no tiene la última palabra. Los que tene-

mos fe sabemos que la vida no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal se nos prepara una mansión eterna en el cielo, como dice muy bien el prefacio de la misa de difuntos. Jesús devolvió a la vida al hijo de la viuda de Naím y a su amigo Lázaro, y nos mostró anticipadamente lo que será la resurrección. Mientras tanto sólo una gran fe en Jesucristo, una sólida esperanza y un amor que desborda el corazón, puede ayudar en esos momentos de la pérdida de un ser querido, sobre todo si es menor de edad. "Nuestros seres queridos no han desaparecido en la oscuridad de la nada: la esperanza nos asegura que ellos están en las manos buenas y fuertes de Dios", nos dice el Papa. El amor es más fuerte que la muerte, y ese amor es el que debemos cultivar y agrandar con los seres queridos que viven con nosotros. Tenemos que manifestarles que les queremos, de palabra y con nuestros actos. Y ese sentimiento interior se contagia, hace la vida más alegre, nos consuela en el momento de la separación, que sabemos que es temporal.

Los niños que mueren y los adolescentes que apenas se han asomado a la vida creemos que están en el cielo. Allí nos esperan y nos recuerdan que Jesucristo quebró el aguijón de la muerte con su resurrección. Roguemos este mes con frecuencia para que las familias que han experimentado la muerte de un hijo se consuelen con la promesa infalible de la futura resurrección.

P. Fco. Javier Duplá sj.



EL PELIGRO DE UNA GUERRA NUCLEAR Y DE UN CIELO BLANCO

En declaraciones recientes con referencia a la guerra contra Ucrania, que se defiende con armas de USA y de la OTAN cada vez más potentes, Putin declaró: “si hay un peligro existencial para mi país, usaré armas nucleares”.

Ciertamente no serán las *estratégicas* con un devastador poder de destrucción. Provocaría una represalia de los USA con el mismo tipo de armas. Esto, probablemente, liquidaría gran parte de la vida humana y de la biosfera.

Putin usaría las *tácticas*, más limitadas, pero también con efectos altamente destructivos. La amenaza no parece ser un bluf, sino una decisión tomada por todo el cuerpo de defensa de la Confederación Rusa. Como dijo el Secretario General de la ONU, António Guterrez, al inaugurar los trabajos en septiembre: “Nos estamos acercando a lo inimaginable – un polvorín que corre el peligro de destruir el mundo”. Si llegara a ocurrir, surge el grave peligro de una escalada peligrosísima para nuestro futuro.

Al límite, puede ocurrir un invierno nuclear en el cual el cielo quedará blanco (en la expresión de Elizabeth Kolbert: *El cielo blanco: la naturaleza de nuestro futuro*, 2020) a causa de las partículas radioactivas. Los árboles apenas podrían realizar la fotosíntesis y proporcionarnos el oxígeno suficiente, y la producción de alimentos se vería altamente afectada. Tal catástrofe pondría en peligro la vida humana y la biosfera.

El asunto es demasiado amenazador como para no darle importancia. Toby Ord, filósofo australiano que imparte clases en Oxford ha escrito un libro minucioso sobre los peligros presentes: *Precipice: Existencial Risk and the Future of Humanity* (2020). Esto no es ni alarmismo ni catastrofismo. Tenemos que ser *realistas esperanzados* y éticamente responsables. Ya hemos tenido la experiencia del que es el mayor acto terrorista de la historia, cuando los USA con Truman lanzaron dos bombas nucleares simples sobre Hiroshima y Nagasaki que mataron en minutos a doscientas mil personas.

Después hemos creado armas mucho más devastadoras y también el principio de *autodestrucción* como lo llamó el eminente cosmólogo ya fallecido Carl Sagan. El Papa Francisco en su alocución en la ONU el día 25 de septiembre de 2020, advirtió dos veces de la eventualidad de la desaparición de la vida humana como consecuencia de la irresponsabilidad de nuestro trato a la Madre Tierra y a la naturaleza superexplotadas. En la encíclica *Fratelli tutti* (2020) afirma severamente: "*estamos todos en el mismo barco, o nos salvamos todos o no se salva nadie*" (nº137).

El premio Nobel, Christian de Duve, en su conocido libro *Polvo Vital* (1997) afirma que "en cierta forma, nuestro tiempo recuerda una de aquellas importantes rupturas en la evolución, marcadas por extinciones en masa" (p.355). Antiguamente eran los meteoros rasantes los que amenazaban a la Tierra; hoy el meteoro rasante se llama ser humano que está dando origen a una nueva era geológica, el *antropoceno* y, en su fase más aguda, el actual *piroceno* (los grandes incendios).

Théodore Monod, tal vez el último gran naturalista moderno, dejó como testamento un texto de reflexión con este título: *¿Y si la aventura humana llegara a fallar?* (2000), donde escribe: "somos capaces de una conducta insensata y demente; a partir de ahora se puede temer todo, realmente todo, inclusive la aniquilación de la raza humana" (p. 246). Y añade: "sería el justo precio de nuestras locuras y nuestras crueldades"(p.248).

Si tomamos en serio el drama mundial, sanitario, social y el calentamiento creciente, en la era del piroceno ese escenario de horror no es impensable.

Edward Wilson, gran biólogo, en un libro titulado *El futuro de la vida*, que invita a la reflexión, (2002), afirma: "El hombre hasta hoy ha desempeñado el papel de asesino planetario… la ética de la conservación, en forma de tabú, totemismo o ciencia, casi siempre ha llegado demasiado tarde" (121).

No podemos dejar de citar un nombre de enorme respetabilidad, James Lovelock, el formulador de la hipótesis/teoría de la Tierra como Super-organismo vivo,

Gaia, con un título que lo dice todo: *La venganza de Gaia* (2006). En su paso por Brasil declaró a la revista Vea: "*hasta el fin del siglo, el 80% de la población humana desaparecerá. El 20% restante va a vivir en el Ártico y en algunos pocos oasis en otros continentes, donde las temperaturas sean más bajas y haya un poco de lluvia... casi todo el territorio brasilero será demasiado caliente y seco para ser habitado*" (*Páginas Amarillas* del 25 de octubre de 2006).

Así lo expresó el mayor pensador del siglo XX, Martin Heidegger, en un texto publicado 15 años después de su muerte, consciente del peligro planetario: "*Sólo un Dios nos puede salvar*" (*Nur noch ein Gott kann uns retten*).

No basta esperar en Dios, pues él no es un tapa-agujeros de las irresponsabilidades humanas, sino que hay que cuidar del ser humano enloquecido, poner límites a una razón que se ha vuelto irracional hasta el punto de forjar los medios de autodestruirse. Confiamos en que, ante esta catástrofe, haya un mínimo de sabiduría y de contención en los que toman las decisiones.

Después de haber matado al hijo de Dios que se hizo hombre, nada es imposible. Pero Dios, no los poseedores de armas de destrucción masiva, es el señor de la historia y del destino humano. De las ruinas Él puede crear un nuevo cielo y una nueva Tierra, habitada por seres humanos transfigurados, cuidadores y amigos de toda vida. Es nuestra fe y nuestra esperanza.

Leonardo Boff



CUIDAR, SER CUIDADO, PERO ¿QUIÉN CUIDA DEL CUIDADOR?

El ser humano es biológicamente deficiente. Surge entero pero incompleto. A diferencia de los animales que nacen ya con sus órganos especializados, el ser humano no tiene ninguno. Para sobrevivir necesita ser cuidado. Dejado en la cuna sin que nadie lo atienda, no tiene posibilidad de buscar su alimento y poco tiempo después acaba muriendo. Para sobrevivir, necesita buscar su sustento en la naturaleza.

Hay una tradición filosófica que viene del tiempo de César Augusto (la famosa fábula 220 del esclavo Higino) que define el cuidado como la esencia del ser humano. Eso culminó en las minuciosas reflexiones de Martin Heidegger en su clásico Ser y Tiempo. Para él, el cuidado es la condición previa para que surja el ser humano. Este es fruto del cuidado y lo lleva consigo todo el tiempo de su vida. Todos los elementos deben articularse de forma tan cuidadosa que permitan la irrupción del ser humano, hombre y mujer. Una vez en

la existencia, tiene que ser cuidado, en caso contrario no sobrevive ni corporal ni espiritualmente.

El cuidado representa una relación amorosa y atenta con la persona con la cual se está implicado. Esto vale para todos los asuntos en los cuales se invierte cariño y preocupación.

Vale igualmente para el proceso cosmogénico como lo confirman los eminentes cosmólogos Brian Swimme y Stephen Hawking: si las cuatro energías fundamentales que regulan el universo (la gravitatoria, la electromagnética, la nuclear débil y la nuclear fuerte) no hubiesen trabajado con sutilísimo cuidado y en armonía entre sí, nosotros no estaríamos aquí escribiendo sobre estas cosas.



Y no sólo eso. El ser humano siente que necesita ser cuidado por toda una serie de dispositivos (holding), para seguir adelante con su vida y sus quehaceres, y al mismo tiempo percibe una predisposición para cuidar de los otros.

Cuidar y ser cuidado son existenciales en el lenguaje heideggeriano (estructuras permanentes), indisociables de la vida humana en cuanto humana Esta reciprocidad entre cuidar y ser cuidado fue analizada detalladamente por el psicólogo inglés D. Winnicott (Todo comienza en casa, Matins Fontes, São Paulo 1999) al cuidar de los huérfanos de los bombardeos nazis sobre Londres que le permitieron desarrollar

toda una escuela de psicología fundada en el cuidado (care) y en concern (preocupación por el otro).

En este contexto del cuidado hay que mencionar el arquetipo del cuidado con referencia a la salud que fue la enfermera inglesa Florence Nightingale (1820-1910). Humanista y profundamente religiosa, decidió mejorar el modelo de la enfermería en su país. Visitó lugares donde se practicaba una enfermería alternativa, más enfocada en el paciente que en los medios convencionales de curación existentes.

Encontró una oportunidad para probar su método. Se estaba desarrollando la cruel guerra de Crimea en Turquía, donde se usaban bombas de fragmentación que producían muchos heridos. En 1854 Florence con otras 28 compañeras se desplazaron al campo de guerra. Aplicando en el hospital militar estrictamente la práctica del cuidado, en 6 meses redujo el número de muertes del 42% al 2%. Ese éxito le trajo notoriedad. Al volver de la guerra, creó en USA una red hospitalaria que aplicaba el cuidado con admirable éxito.

Como estamos abordando un tema que interesa principalmente a los médicos/as, enfermeros/as y técnicos de salud, detengámonos en esta cuestión. Efectivamente, el cuidado constituye la ética natural de los trabajadores de la salud. Estos son, por excelencia, curadores. Lo que hacen es algo mesiánico, si por mesiánico entendemos bíblicamente aquella actitud que se compadece, se solidariza, acompaña todas las fases de la enfermedad de un paciente hasta curarlo o ayudarlo a hacer su tránsito.

Como son seres humanos, con una misión a veces extenuante, están sujetos a la vulnerabilidad de la condition humaine: a momentos de desamparo, cansancio y desánimo. Aquí surge la pregunta: ¿quién cuida del cuidador?, se preguntaba el médico Dr. Eugênio Paes Campos en un libro con ese título, en el que narra las experiencias de una unidad de cuidado (Vozes 2005). Hay momentos en que los trabajadores y trabajadoras de salud sienten que necesitan ser cuidados. De cuidadores pasan a ser cuidados.

Lógicamente cada persona precisa enfrentarse con sentido de resiliencia (saber dar la vuelta por encima) a sus situaciones problemáticas. Pero ese esfuerzo no sustituye al deseo de ser cuidado.



Es el momento de constituir en una unidad hospitalaria una comunidad de cuidado, fundada en la voluntad común de asumir la postura de cuidado con aquellos trabajadores de la salud que se sienten sin fuerzas para continuar. Necesitan un hombro, una palabra de consuelo y un gesto de apoyo para su superación.

Cuando esta comunidad existe y reinan relaciones horizontales de confianza y de cooperación mutua, se superan las dificultades provocadas por la necesidad de ser cuidado. Quien cuida necesita también ser cuidado. Y hay que aprender a hacerlo de manera que nadie se

sienta humillado o disminuido, sino que por el contrario ayude a estrechar los lazos y a crear el sentimiento de una comunidad no sólo de trabajo sino también de destino.

Feliz el hospital que puede contar con una comunidad de cuidadores. No habrá trabajadores de salud "prescribidores" de recetas y aplicadores de fórmulas sino "cuidadores" de enfermos que buscan salud. Entonces resurge el ánimo y la voluntad de seguir cuidando enfermos.

Leonardo Boff



LA ORACIÓN DE LA SED

¡Enséñame, Señor, a rezar mi sed,
a pedirte, no que la suprimas de raíz
o que te apresures a apagarla,
sino que la hagas aún mayor,
en una medida que desconozco
y que únicamente sé que es la Tuya!

Enséñame, Señor a beber de la propia sed de Ti,
como quien se alimenta incluso a oscuras
del frescor de la fuente.

Que la sed me haga mil veces mendigo,
haga que me enamore y me convierta en peregrino.
Que me obligue a preferir el camino a la posada
y la abierta confianza al cálculo programado.

Que esta sed sea el mapa y el viaje,
la palabra encendida y el gesto que prepara
la mesa sobre la que compartimos el don.

Y que, cuando dé de beber a tus hijos,
no sea porque tengo en mi poder el agua,
sino porque, al igual que ellos, sé lo que es la sed.

José Tolentino Mendonça



Hitler derrotado se suicidó en su búnker de Berlín cuando ya los vencedores llegaban a la capital alemana y llamó a sus colaboradores a destruir todo en su retirada y suicidarse con él. Pero el pueblo no lo siguió, sino que buscó nueva vida y reconstrucción. A veces los pueblos se hacen ilusiones, pierden la cabeza con demagogos iluminados y cometen locuras, pero al final no se suicidan. Cuando los dictadores fracasan llegan a lanzarse al precipicio, pero el pueblo no los acompaña. Cayeron la locura nazi y las opresoras "dictaduras del proletariado" en Rusia, Polonia, Hungría… pero los pueblos renacieron de sus ruinas. Los nuevos gobernantes tienen éxito en la medida en que acompañan a la población y dirigen su esperanzada movilización concentrada en la reconstrucción.

En esta etapa final de la aventura "revolucionaria" venezolana, la gente no está decidida a suicidarse, sino a renacer desde su frustración y pobreza buscando un

gobierno con menos retórica altisonante y falsa, y con más hechos que elevan el poder adquisitivo de sus salarios e ingresos, con libertad democrática.

Para concentrarnos en este renacer deseado es necesario que el CNE reconozca el triunfo electoral indiscutible de Edmundo González Urrutia, que el TSJ corrija su falsedad sobre el resultado electoral y que Edmundo se juramente el próximo 10 de enero. Todo esto requiere negociación basada en la verdad.

La nueva unidad nacional tiene que atraer una inversión de miles de millones de dólares para lograr de manera sostenida la transformación productiva del país y de cada venezolano, el combate efectivo contra la corrupción y el rescate del Estado con eficientes servicios públicos de salud, educación, seguridad social, transporte, agua, electricidad, gas e Internet… Todo ello con un renacer de la sociedad civil, consciente de que lo público será vida en la medida en que tengamos conciencia de que no es renta, ni dádiva, ni lotería, sino producto de nuestra responsabilidad y trabajo que transforma la actual pobreza en riqueza. Entre la indigencia y el bienestar media la creación productiva de nosotros, de todos los venezolanos.

Entre la indigencia y el bienestar media la creación productiva de nosotros, de todos los venezolanos

Venezuela tiene recursos naturales y algunas posibilidades poco exploradas como el turismo, pero solo se convierte en realidad con el trabajo y la creatividad, con un fuerte renacer empresarial.

Alianza entre educación y productividad en toda la población. Renaceremos con una nueva cultura basada en la alianza formidable entre la educación de calidad y la elevación de la productividad de cada venezolano. Me dirán que esto es un sueño irreal y que así no somos los venezolanos. No somos, ni seremos si seguimos creyendo que Venezuela es el país más rico del mundo gracias a sus recursos naturales. Pero convencidos de que estamos en pobreza y que nuestra formación y productividad es la vía para salir de ella, revertiremos la actual derrota nacional. Hay que dar por terminado este medio siglo largo en el que la ilusión de riqueza abundante terminó en tragedia nacional con al menos 8 millones de venezolanos buscando por el mundo la vida que aquí se les niega, y muchos más millones sufriendo las penurias del fracaso nacional.

Hay varias tentaciones en esta inevitable transición, como es echar la culpa al imperio pues el régimen lo hace todo bien, pero los matones internacionales le impiden progresar. O aferrarnos al cadáver pues el difunto es nuestro y prolongar el luto del novenario, empeñados en que salga del sepulcro. Tentación inútil y muy negativa es también seguir aferrados a la "revolución" que, perdida la popularidad, trata de defenderse con represión y miedo; y no menos estéril pensar que Venezuela sobrevivirá con una pequeña minoría (10%) exitosa en un país fracasado con 90% que sobrevive malamente.

No nos queda más camino que transformar nuestra sociedad civil con educación para ser productores, rescatar el Estado de derecho y de confianza para lograr una

abundante inversión. Sin transformación emprendedora generalizada no hay salida y la fuerza de la empresa en Venezuela depende de la transformación educativo-productiva que genera oportunidad para toda la población.

Saldremos de la indigencia a la prosperidad, no esperando la lotería de un nuevo recurso natural que nos mantenga, sino con nuevos liderazgos que apuestan al trípode formado por la Educación, Productividad y Espíritu Ciudadano sobre la base de la Dignidad humana de todos, el Estado de Derecho, Seguridad y Libertad.

Los pueblos no se suicidan.

Luis Ugalde s.j.





POBRE EDUCACIÓN PARA LOS POBRES

Estamos iniciando un nuevo año escolar, muy difícil y problemático, por la negativa del Estado de asumir en serio su deber de garantizar a todos una educación de calidad y retribuir dignamente a los educadores, como lo establece la Constitución. Lastimosamente, la educación va a seguir siendo un derecho negado a grandes sectores de la población, que no tienen acceso a ella o reciben una educación de muy baja calidad. Tenemos bachilleres que no entienden un texto sencillo, son incapaces de expresarse en forma oral o por escrito con claridad, y no pueden resolver problemas matemáticos simples. La educación de los pobres es cada vez más una pobre educación, lo que contribuye a mantener y aumentar su pobreza humana, social y económica.

Resultan alarmantes los pobres números de alumnos que se han inscrito en escuelas, liceos y universidades. Se

calcula que la gravísima crisis que vivimos ha dejado sin educación a unos tres millones de niños y de jóvenes en edad escolar. Los salarios de los educadores son irrisorios y no les alcanzan para sobrevivir. Unos trescientos mil educadores han salido del país en busca de mejor vida, y muchos de los que todavía continúan, se dedican a otras actividades para poder comer Las escuelas de educación están prácticamente vacías, pues los jóvenes no quieren ser educadores. Hay un gravísimo déficit de profesores y en muchos centros no dan algunas materias por carecer de profesores; numerosas escuelas han dicho que sólo van a trabajar dos o tres ratos a la semana. A esto hay que añadir que sólo una tercera parte de las escuelas públicas están en condiciones para reiniciar las clases.

Un sistema de exclusión

Nuestro sistema educativo reproduce y agiganta la desigualdad y la exclusión, y en la actualidad, la educación pública, en todos sus niveles, vive una situación lamentable. Lo más trágico es que, después de tanto discurso igualitario y tanta prédica de incluir a los excluidos, las políticas sociales y económicas tan desacertadas, impiden a millones cumplir su derecho a la educación y la poca que sobrevive está siendo subvencionada por el heroísmo y sacrificio de numerosos maestros y profesores que, a pesar de la difícil situación, siguen dando lo mejor en favor de sus alumnos. En cuanto a la educación privada, cada día más costosa pues a los gastos de funcionamiento y buena dotación deben añadir mejores salarios y bonos al personal, para que no se vayan, se mantiene con dificultad por el empeño y sacrifico

de los padres para que sus hijos reciben la mejor educación posible.

Ante esta situación, es urgente que trabajemos todos, como lo viene promoviendo Fe y Alegría, por una Alianza o Acuerdo Educativo Nacional para que la educación se convierta en una auténtica prioridad del Estado y de la sociedad con políticas públicas consensuadas y permanentes. Si la educación es un derecho, es también un deber y responsabilidad de todos. Para salvar la educación, requisito indispensable para salvar a Venezuela, debemos iniciar una especie de cruzada nacional en la que nos involucremos todos: Estado, familias, sociedad, medios de comunicación, empresas, sindicatos, partidos políticos, iglesias, asociaciones de vecinos, organizaciones no gubernamentales…



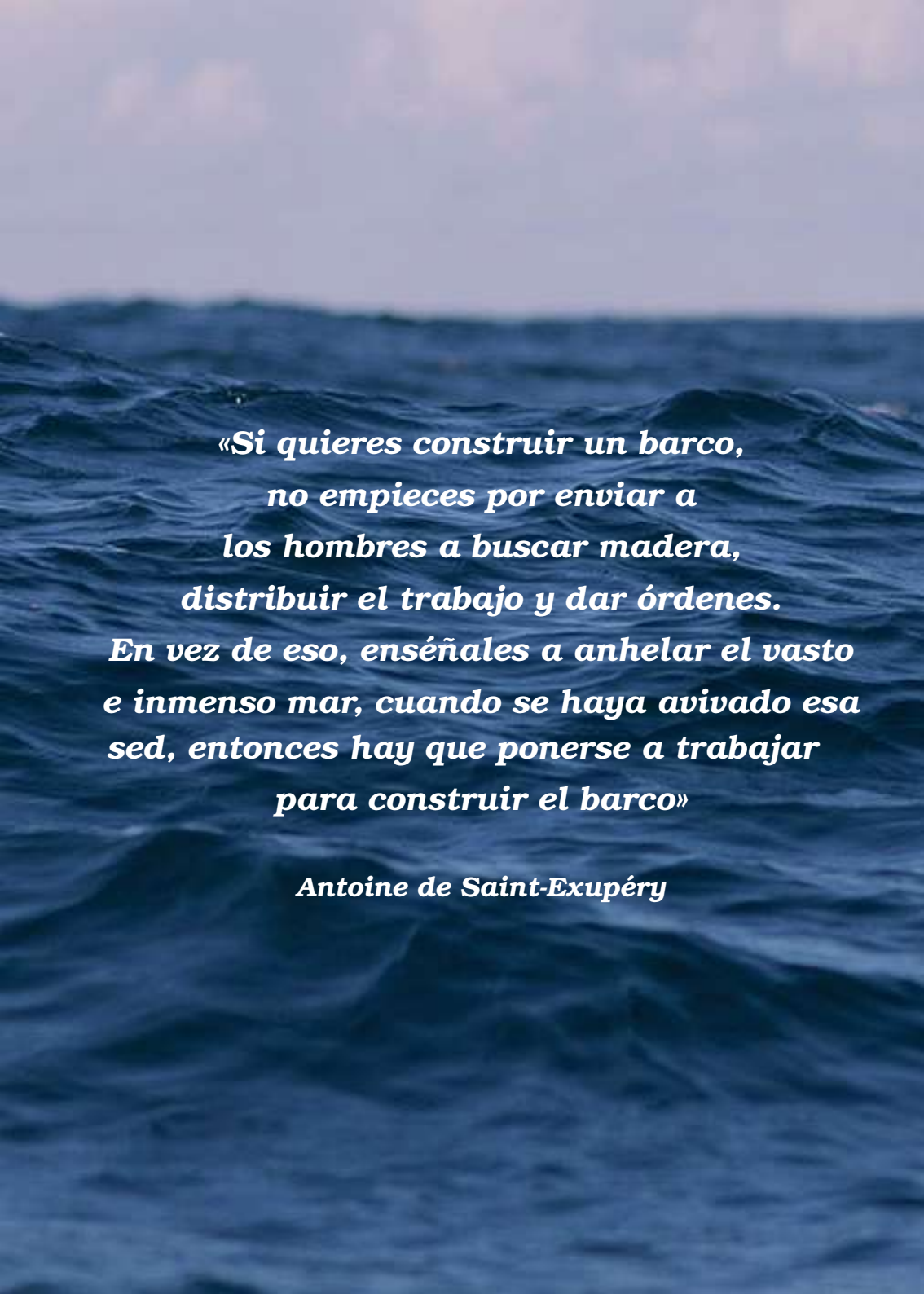
Dignificar a los educadores

Este acuerdo debe orientarse, entre otras cosas, a dignificar a los educadores con sueldos que les permitan vida digna, ejercer su profesión con buen ánimo, y seguirse formando. A su vez, los educadores deben asumir su labor con ética y entrega, y concebirse no como meros dadores de programas, sino como promotores de aprendizaje y gestores de una nueva humanidad. Junto a esto, la Alianza Educativa debe trabajar para que los centros educativos sean lugares

de aprendizaje y convivencia. Para ello, deben estar en buen estado y con los servicios indispensables: transporte, agua, comida, electricidad, y con los aparatos tecnológicos necesarios y buena conectividad. Esta dotación tecnológica debe ir acompañada de la debida formación pedagógica, para que las tecnologías se utilicen para promover el aprendizaje y la reflexión, pues está bien comprobado que la tecnología sin pedagogía sirve muy poco.

Antonio Pérez Esclarín





«Si quieres construir un barco,
no empieces por enviar a
los hombres a buscar madera,
distribuir el trabajo y dar órdenes.
En vez de eso, enséñales a anhelar el vasto
e inmenso mar, cuando se haya avivado esa
sed, entonces hay que ponerse a trabajar
para construir el barco»

Antoine de Saint-Exupéry



Recuentos sobre la barbarie hay muchos, miles. Se han escrito tratados completos donde se documenta la brutalidad entre los hombres, guerras, masacres, asesinatos, genocidios, casi podríamos decir que sin estos hechos resulta imposible contar la historia de la humanidad.

Los seres humanos han mostrado y demostrado su capacidad de matar, de acabar con los demás, y no sólo de manera salvaje y primitiva, sino incluso de forma cruel y sistemática.

Y son precisamente esos testimonios del horror, los que nos llevan a hacernos la pregunta que da título a esta reflexión: **¿de verdad ¿Podemos hablar de la dignidad infinita del ser humano?**

En un libro publicado por el periodista Nelson Rivera, el autor hace un estudio y compendio – acaso un inventario – de las experiencias totalitarias en buena parte del Mundo durante el siglo XX.

El resultado del estudio es verdaderamente patético en el sentido literal del término, es decir, capaz de conmovernos. En uno de los sucesos recogidos por Rivera, nos narra cómo una patrulla de feroces y salvajes macheteros hutsu, luego de varios días persiguiendo para matar a cualquier miembro de la tribu tutsi, encuentran a un hombre y su pequeño hijo (ambos tutsi) que intentaban huir y esconderse de sus verdugos. Los hombres resuelven matar a los dos pobres prisioneros, ¡total! para eso están patrullando. Le arrebatan al padre el niño de sus brazos, y entre súplicas y llantos de los dos condenados, primero obligan al pequeño a ver cuando le separan la cabeza a su padre con un tosco pero certero golpe de machete, luego le tocará el turno a la indefensa criatura.

Preguntas necesarias

Nos preguntamos ¿Gozan realmente de dignidad estos asesinos? Incluso podríamos llegar más allá y cuestionarnos ¿son verdaderamente seres humanos estos tipos tan despiadados?

Las mismas preguntas caben para todos aquellos hombres y mujeres que han perpetraron los oscuros capítulos de la historia de la Humanidad: Auschwitz, los Gulag, y tantos y tantos otros horrores.

La respuesta, tremendamente difícil de comprender, es precisa y categórica: Sí. Todos los seres humanos son seres dignos, incluso estos asesinos. Los delincuentes que han cometido las más atroces violaciones a los derechos humanos también deben ser considerados como personas y merecen el respeto de su dignidad, porque la dignidad de

las personas es un bien absoluto y no se pierde así se haya cometido graves delitos.

¿Y por qué es posible esto? ¿Cómo se explica y en qué se justifica esta concepción?

Más allá de la etimología

Partamos del significado etimológico del término dignidad, proveniente del latín dignitas, cuya raíz es *dignus*, que significa "excelencia", "grandeza", donde cabe agregar **que la dignidad que posee cada individuo es un valor intrínseco, puesto que no depende de factores externos**.

A partir de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, así como de los dos Pactos de Naciones Unidas sobre los derechos civiles y políticos y los derechos económicos, sociales y culturales, en sus respectivos preámbulos se reconoce que la dignidad es inherente a todas las personas y constituye la base de los derechos fundamentales, por lo que se ha convertido en el valor básico que fundamenta la construcción de los derechos de la persona como sujeto libre y partícipe de una sociedad.

En el ámbito del Derecho, la **dignidad humana no sólo significa superioridad de los seres humanos sobre los animales**, sino que es y será un fundamento de la ética pública de la modernidad, siendo el *prius* de los valores políticos y jurídicos y de los principios y los derechos que se derivan de esos valores.

La dignidad humana es el principio guía del Estado – al menos del Estado Liberal como lo conocemos – dado que esta se nos presenta en dos sentidos, por un lado, el indi-

viduo queda libre de ofensas y humillaciones (sentido negativo), mientras que por el otro, le permite llevar a cabo el libre desarrollo de su propia personalidad y actuación (sentido positivo).

Hijos de Dios

Pero todas estas consideraciones sobre la dignidad del ser humano verdaderamente carecen de sustrato sin el fundamento principal: **somos dignos porque todos somos hijos de Dios**.

La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios, de allí que nosotros los seres humanos nos realicemos en nuestra vocación a la bienaventuranza divina. Por supuesto que le corresponde a cada quien llegar libremente a esta realización por sus actos deliberados.

Todos somos dignos

La persona humana se conforma – o no se conforma – con aspirar y avanzar al bien prometido por Dios y atestiguado por la conciencia moral. Los seres humanos nos edificamos a nosotros mismos y crecemos desde el interior haciendo de toda nuestra vida sensible y espiritual un material de crecimiento, o no. Cada quién decide. Pero más allá de eso, **todos, ¡absolutamente todos! somos dignos**.

En abril de 2024, el **Dicasterio para la Doctrina de la Fe**, publicó la Declaración **"Dignitas infinita sobre la dignidad humana"**. Cinco años duró la elaboración del texto, sin duda alguna debido a la *seriedad y centralidad de la cuestión de la dignidad en el pensamiento cristiano*.

Reza la declaración en su 1er numeral que *"una dignidad infinita, que se fundamenta inalienablemente en su propio ser, le corresponde a cada persona humana, más allá de toda circunstancia y en cualquier estado o situación en que se encuentre. Este principio, plenamente reconocible incluso por la sola razón, fundamenta la primacía de la persona humana y la protección de sus derechos. La Iglesia, a la luz de la Revelación, reafirma y confirma absolutamente esta dignidad ontológica de la persona humana, creada a imagen y semejanza de Dios y redimida en Cristo Jesús. De esta verdad extrae las razones de su compromiso con los que son más débiles y menos capacitados, insistiendo siempre «sobre el primado de la persona humana y la defensa de su dignidad más allá de toda circunstancia»"*.

Las trece plagas

De manera clara y corajuda – y además en coincidencia con el día de la Anunciación – el Dicasterio para la Doctrina de la Fe, identifica y define las trece "plagas" que hacen indigno al ser humano: **la pobreza, la guerra, el trabajo de los emigrantes, la trata de personas, los abusos sexuales, la violencia contra la mujer, el aborto, la maternidad subrogada, la eutanasia y el suicidio asistido, el descarte de los discapacitados, la teoría de género, el cambio de sexo, y la violencia digital**.

En esas ***trece plagas*** se engloba todo cuanto atenta contra la vida, viola su integridad, irrespeta la libertad y la responsabilidad de la persona humana. Es decir, todo lo que nos deshumaniza.

A veces nos angustia y nos entristece evidenciar una suerte de empeño en los seres humanos por volvernos animales. A veces impresiona y decepciona escuchar gente inteligente calificar equivocadamente que lo instintivo, lo básico, lo salvaje, lo bajo, es lo propio de la especie humana… ***¡Es que no se pudo contener porque es tan humano!…*** Pero es justamente lo contrario lo que nos hace humanos, es esa cualidad de «capax Dei» (capaz de Dios) de la que nos habla San Agustín, la que nos llama y conduce a ser mejores, a elevarnos, a hacernos virtuosos, a ser imagen de Dios.

A veces pareciera que se quiere imponer límites a la dignidad humana, convertirla en finita. ¡Pero no! Hay que decirlo y sostenerlo con fuerzas: **la dignidad del ser humano es infinita, como infinito es el amor de Dios Padre hacia nosotros**.

Juan Salvador Pérez

Revista Sic. octubre 3, 2024





Siguiendo el curso actual del mundo, tanto a nivel internacional como a nivel nacional, notamos un verdadero tsunami de odio, de mentiras, de exclusiones, de verdaderos genocidios y exterminios en masa, como en la Franja de Gaza, que nos deja perplejos. ¿Hasta dónde puede llegar la maldad humana? No hay límites para el mal. Él puede llegar hasta al auto- exterminio de los seres humanos.

Pensando en nuestro país, las muertes, los asesinatos de jóvenes negros en las comunidades periféricas, los niños víctimas de balas perdidas, ya sean de la policía (que mata) o de facciones criminales, los feminicidios diarios y los centenares de violaciones de niñas y de mujeres, el descuartizamiento de secuestrados, dejan a toda una ciudad como Río de Janeiro continuamente bajo el miedo y las amenazas. Está perdiendo todo su glamour. Así sucede en casi todas las grandes ciudades de nuestro país, considerado

por Sergio Buarque de Holanda como “cordial” (Raízes do Brasil,1936). Sin embargo, la mayoría de los intérpretes no leyó la nota del término “cordial” que figura a pie de página, donde él observa: “la *enemistad* puede ser tan cordial como la amistad, ya que una y otra nacen del corazón” (n.6). Por tanto, el brasilero está mostrando, especialmente bajo el gobierno del Inelegible, la enemistad entre amigos y en las familias, la banalidad de la palabrota, de las malas costumbres y de la mentira: siendo todo “cordial” por nacer de un corazón “cordial” (perverso).

A nivel internacional el escenario se revela aún más atroz. Con el apoyo incondicional y cómplice de USA y vergonzoso de la Comunidad Europea que ha traicionado su legado de los derechos del ciudadano, de la democracia y otros valores civilizatorios, se están perpetrando verdaderos crímenes de guerra contra 40 mil civiles e innegables genocidios de cerca de 13800 niños inocentes en la Franja de Gaza, todos asesinados por el gobierno de extrema derecha de Netanyahu. Se trata de una represalia totalmente desproporcionada a otro crimen, no menos horrendo, por parte de Hamas. Netanyahu permite tales genocidios porque no tiene corazón, no se pone en el lugar de las madres y de las víctimas inocentes. No le importa que para matar a un líder de Hezbollah tenga que matar, en un bombardeo, a decenas de otras personas. El odio lo ha vuelto cruel y sin piedad. Crímenes semejantes están ocurriendo en la guerra de Rusia contra Ucrania con miles de víctimas, con la destrucción de una antigua cultura-hermana y con incontables víctimas inocentes. Paro aquí este viacrucis de

horrores que tiene más estaciones que el del Hijo de Dios cargando con su cruz.

La pregunta es ¿cómo es posible que ocurra esto a la luz del día sin que haya una autoridad reconocida que pueda parar ese exterminio de gente y de ciudades enteras? ¿Cuál es la raíz subyacente a esta iniquidad? La historia ha conocido exterminios en el pasado, hechos incluso en nombre de Dios como en el terrible libro de los Jueces de la Biblia judeocristiana y en tantas guerras de antaño. Pero nosotros las hemos superado en crueldad a todos los niveles. Israel ha matado a más de 207 funcionarios de la ONU, ha bombardeado hospitales, escuelas, universidades, mezquitas y ha destruido más del 80% de Gaza. Hoy corremos serio peligro de una guerra total entre las potencias militaristas en disputa por la hegemonía del mundo, lo que haría realidad el principio de nuestra autodestrucción.

Sostengo la interpretación de que todo esto se ha vuelto posible porque hemos perdido el *corazón, el Esprit de Finesse* (de Pascal) y la *dimensión del anima* (la sensibilidad de C.G.Jung). La cultura moderna se ha construido sobre la *voluntad de poder* como dominación, usando la razón desgarrada del corazón y de la conciencia, traducida en tecno-ciencia para nuestro bien y más para fines bélicos. Como señalaba el Papa Francisco en la *Laudato Sì*: "el ser humano no fue educado para el recto

"el ser humano no fue educado para el recto uso del poder... porque no estuvo acompañado de un desarrollo en responsabilidad, valores, y conciencia"

uso del poder... porque no estuvo acompañado de un desarrollo en responsabilidad, valores, y conciencia" (n.105). La razón estableció su despotismo en forma de racionalismo, rebajando otras formas de conocer y de sentir la realidad. Así el sentimiento (*pathos*) fue reprimido bajo el falso presupuesto de que dificultaría la objetividad del análisis. Hoy es evidente que la objetividad absoluta no existe. El sujeto investiga con sus presupuestos y con sus intereses, de forma que sujeto-objeto están siempre imbricados.

El hecho es que la dimensión del corazón y de la cordialidad ha sido reprimida. Exceptuando el cerebro reptiliano que es el más antiguo, el *cerebro límbico* constituye nuestra real base fundamental. Él surgió con los paleo-mamíferos hace unos 150-200 millones de años y nosotros los mamíferos superiores hace 40-50 millones de años, con los cuales tenemos el condominio. Somos mamíferos racionales, por lo tanto, seres de sentimiento. El cerebro límbico es la sede de nuestras emociones, sean de odio, de ira y otras negatividades, pero principalmente en él se alberga el mundo de las excelencias, del amor, de la amistad, de la empatía, de los valores, de la ética y de la espiritualidad. El cerebro neocortical irrumpió con el ser humano hace 7-8 millones de años y culminó hace casi 100 mil años con el surgimiento del *homo sapiens* del cual somos herederos. Es el mundo de la razón, de los conceptos, del lenguaje, de la ordenación lógica de las cosas.

Por tanto, él apareció tardíamente, pero con su desarrollo fundó el reino de la razón. No hay que olvidar que es un único cerebro que envuelve estas tres dimensiones siempre

relacionadas (en la versión del cerebro triuno de MacLean: reptiliano, límbico, neocórtex). La concentración excesiva en la racionalidad con la cual dominamos el mundo, la mujer (patriarcado) y la naturaleza a costa del sentimiento, causó los desaciertos socio-históricos, cuyas consecuencias nefastas estamos cosechando. Es urgente unir el cerebro neocortical (razón/logos) con el límbico (corazón/phatos), el corazón enriqueciendo los proyectos racionales con humanidad y sensibilidad; e inversamente invertir razón, es decir, conferir dirección y justa medida al mundo de los sentimientos y del corazón. Sólo así encontraremos el equilibrio necesario. Por haber ahogado el sentimiento de mutua pertenencia, de que todos sin excepción somos humanos, nos transformamos en crueles genocidas (frente a nuestra especie) y ecocidas (frente a la naturaleza). Hemos esclavizado, sometido y discriminado a nuestros hermanos y hermanas.

Por no haber recuperado la dimensión del corazón, del espíritu de finura (Pascal), ni la sensibilidad esencial (anima), ha entrado en quiebra el humanismo occidental, liberal-capitalista. El llamado "orden basado en reglas" (que cambian siempre según las conveniencias de los poderosos) ha demostrado ser una falacia.

Como advirtió una alta funcionaria de organismos de la ONU, Chelsea Ngoc Minh Nguyen: "La violencia y la brutalidad de los últimos años deben impulsarnos a todos –sea en el Sur o en el Norte, en el Oriente o en Occidente– a realizar una introspección honesta y profunda sobre el tipo de mundo en el que queremos vivir" (IHU 4/10/24). No veo

otra alternativa, además de que debemos cambiar nuestro paradigma civilizatorio (de *dominus* al *frater*), que fundar un nuevo humanismo, enraizado en nuestra propia naturaleza. En ella encontramos las constantes antropológicas, intrínsecas a nuestra humanidad: el amor incondicional, el cuidado esencial, la cooperación, la empatía, la compasión, el reconocimiento del otro como nuestro semejante, el respeto a la naturaleza y a la Tierra que nos dan todo, la fascinación ante lo bello y lo bueno y la reverencia ante el Misterio. Tales valores serían el fundamento de otro mundo posible y necesario. En caso contrario, vamos al encuentro de lo inimaginable.

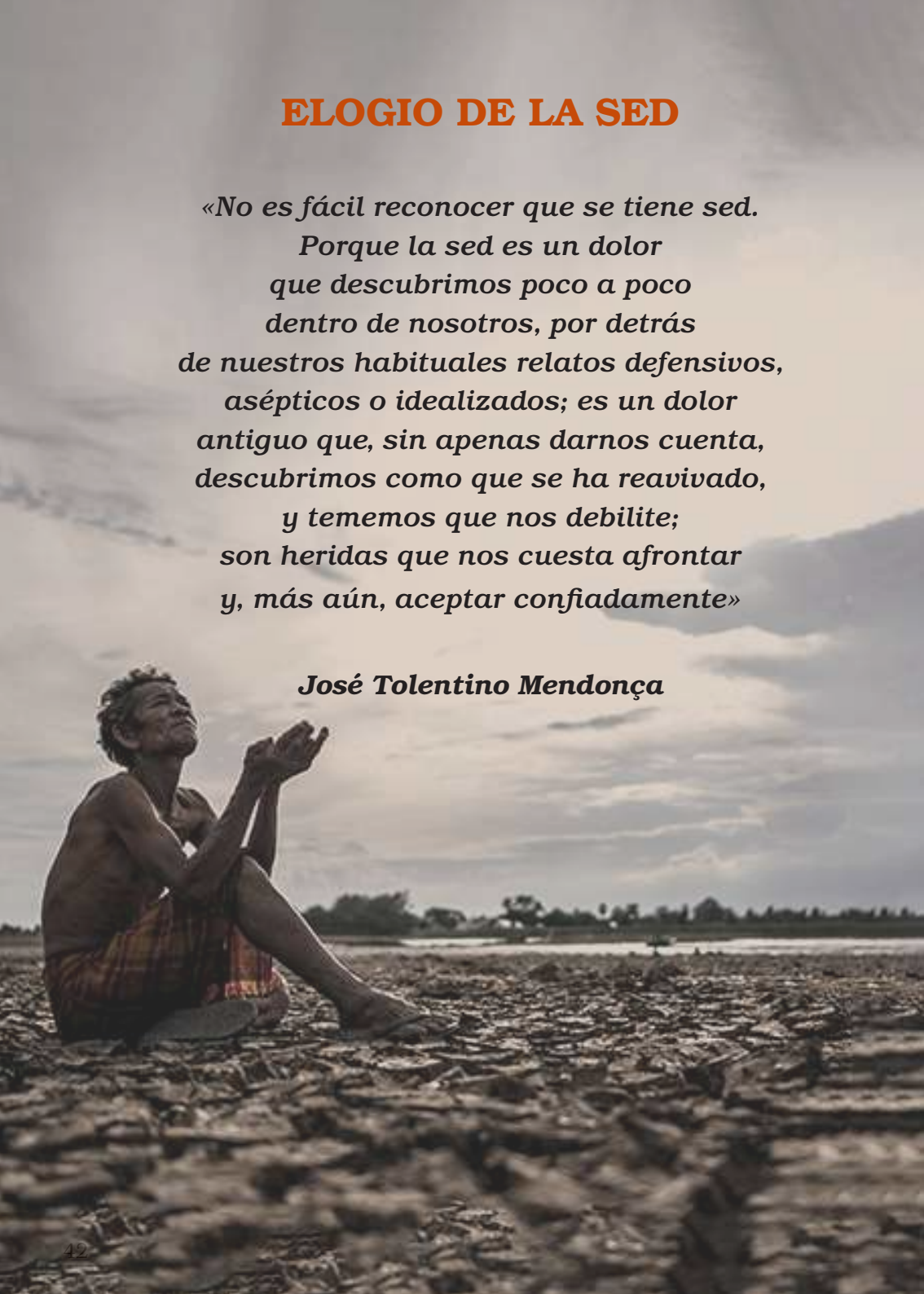
Leonardo Boff



ELOGIO DE LA SED

«No es fácil reconocer que se tiene sed.
Porque la sed es un dolor
que descubrimos poco a poco
dentro de nosotros, por detrás
de nuestros habituales relatos defensivos,
asépticos o idealizados; es un dolor
antiguo que, sin apenas darnos cuenta,
descubrimos como que se ha reavivado,
y tememos que nos debilite;
son heridas que nos cuesta afrontar
y, más aún, aceptar confiadamente»

José Tolentino Mendonça



CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS FIELES DIFUNTOS



Cada 2 de noviembre, la Iglesia Católica conmemora a todos los fieles difuntos. Es decir, a todos los hermanos humanos que han muerto, y que debieron comparecer ante la justicia y la misericordia de Dios. Así, recordamos a nuestros antepasados, amigos y familiares que nos han dejado, pero con quienes abrigamos la esperanza del reencuentro definitivo, en la Presencia de Dios.

Sentido de la conmemoración

Señala el *Martirologio Romano*:

"**Conmemoración de todos los fieles difuntos**. La santa Madre Iglesia, después de su solicitud para celebrar con las debidas alabanzas la dicha de todos sus hijos bienaventurados en el cielo, se interesa ante el Señor en favor de las almas de cuantos nos precedieron con el signo

de la fe y duermen en la esperanza de la resurrección, y por todos los difuntos desde el principio del mundo, cuya fe solo Dios conoce, para que, purificados de toda mancha de pecado y asociados a los ciudadanos celestes, puedan gozar de la visión de la felicidad eterna" (Elog. del *Martirologio Romano*).

Cementerios y campos santos

Hoy miles de personas en todo el mundo visitan los cementerios para honrar la memoria de sus seres queridos y de todos aquellos que partieron al encuentro con Dios.

En este día la Iglesia toda dedica la liturgia a animar a los fieles a orar por el eterno descanso de quienes han fallecido, con la esperanza de que todos, en 'el día que no conoce el final', nos podamos reunir en el amor infinito de Dios.

Caridad, memoria y recogimiento

Constituye una obra de caridad indispensable que quienes aún peregrinamos en este mundo oremos y hagamos sacrificios u ofrecimientos por las almas del purgatorio, conscientes de que muchos entre quienes nos han precedido necesitan aún purgar sus faltas para poder gozar de Dios de manera definitiva.

Dice el Santo Padre: "El recuerdo de los difuntos y las oraciones son testimonios de confiada esperanza, arraigada en la certeza de que la muerte no es la última palabra sobre la suerte humana, puesto que el hombre está destinado a una vida sin límites, cuya raíz y realización están en Dios" (Papa Francisco).

Es importante que todos los católicos guardemos el debido respeto en los cementerios y campos santos. Ciertamente, hay una diversidad de costumbres presentes y arraigadas, que pueden o no ser parte de lo que se denomina la Piedad Popular. Como fuere, esta conmemoración no puede ser pretexto para abandonar el recogimiento, la oración de intercesión o la conciencia de que somos pecadores, y necesitamos todos, vivos y muertos, de la misericordia de Dios.

¿Qué más recomienda la Iglesia para hoy?

Recomendables son las oraciones de intercesión ofrecidas a la Virgen María, de manera especial el Santo Rosario; también es bueno pedir la intercesión de los santos a través de novenas u oraciones votivas; y, finalmente, no debemos olvidar que toda oración debe estar acompañada de obras de caridad o pequeños sacrificios de la vida cotidiana como, por ejemplo, la limosna, esto es, compartir nuestros bienes con los más necesitados.

Una mención aparte merece la asistencia a la Santa Misa. Si bien en la mayoría de lugares no es día de precepto o día de guardar, la celebración eucarística es "la oración por excelencia». Eso no puede ser pasado por alto. Ofrezcamos la Santa Misa por nuestros difuntos.

También es muy recomendable averiguar y poner en práctica las distintas alternativas que da la Iglesia universal o las Iglesias locales para obtener la Indulgencia Plenaria por los difuntos fallecidos sin las debidas asistencias espirituales.

Indulgencia plenaria por la Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos

La Penitenciaría Apostólica del Vaticano otorga, todos los años, las facilidades para obtener la indulgencia plenaria en el Día de los Fieles Difuntos, que hoy, celebramos. Es una hermosa oportunidad para que, con la cooperación de los miembros de la Iglesia peregrinante en la tierra, muchas almas necesitadas puedan ser rescatadas del purgatorio.





LA BONITA HOMILÍA DEL PAPA FRANCISCO ACERCA DE LA MUERTE

Las lecturas que hemos escuchado provocan en nosotros, en mí, dos palabras: expectación y sorpresa.

1° La expectación

La espera expresa el sentido de la vida, porque vivimos a la espera del encuentro con Dios.

Todos vivimos a la expectativa, con la esperanza de escuchar un día aquellas palabras de Jesús: «*Venid, benditos de mi Padre*» (Mt 25,34). Estamos en la sala de espera del mundo para entrar en el cielo, para participar en ese «*banquete para todos los pueblos*» del que nos habló el profeta Isaías (cf. 25,6). Dice algo que nos alegra el corazón porque hará realidad precisamente nuestras mayores expectativas: el Señor «*borrará la muerte para siempre*» y «*enjugará las lágrimas de todos los rostros*» (v. 8). Es bueno que el Señor venga a enjugar las lágrimas. Pero es

tan malo cuando esperamos que sea otra persona, y no el Señor, quien los limpie. Y más feo aún, no tener lágrimas. Entonces podremos decir: «*Este es el Señor en el que hemos esperado, el que enjuga nuestras lágrimas; alegrémonos, gocemos de su salvación*» (v. 9). Sí, vivimos a la espera de recibir bienes tan grandes y hermosos que ni siquiera podemos imaginar, porque, como nos recuerda el apóstol Pablo, «somos herederos de Dios, coherederos con Cristo» (Rm 8,17) y «*esperamos vivir para siempre, esperamos la redención de nuestros cuerpos*» (cf. v. 23).

Hermanos y hermanas, alimentemos nuestra espera del cielo, ejercitemos nuestro deseo del cielo. Nos hace bien preguntarnos hoy si nuestros deseos tienen algo que ver con el Cielo. Porque corremos el peligro de aspirar constantemente a cosas que pasan, de confundir los deseos con las necesidades, de anteponer las expectativas del mundo a las de Dios. Pero perder de vista lo que importa para perseguir el viento sería el mayor error de la vida. Miremos hacia arriba, porque estamos en camino hacia lo Más Alto, mientras que las cosas de aquí abajo no subirán allí: las mejores carreras, los mayores éxitos, los títulos y los elogios más prestigiosos, las riquezas acumuladas y las ganancias terrenales, todo se desvanecerá en un momento, todo. Y todas las expectativas depositadas en ellos se verán defraudadas para siempre. Sin embargo, ¡cuánto tiempo, cuánto esfuerzo y energía gastamos preocupándonos y afligiéndonos por estas cosas, dejando que la tensión hacia el hogar se desvanezca, perdiendo de vista el sentido del viaje, la meta del viaje, el infinito al que tendemos, la alegría

por la que respiramos! Preguntémonos: ¿estoy viviendo lo que digo en el Credo, «espero –es decir– *la resurrección de los muertos y la vida del mundo venidero*»? *¿Y cómo va mi espera? ¿Soy capaz de ir a lo esencial o me distraigo con muchas cosas superfluas? ¿Cultivo la esperanza o sigo quejándome, porque valoro demasiado muchas cosas que no importan y que pasarán?*

2º La sorpresa

Mientras esperamos el mañana, nos ayuda el Evangelio de hoy. Y aquí surge la segunda palabra que me gustaría compartir con ustedes: sorpresa. Porque la sorpresa es grande cada vez que escuchamos el capítulo 25 de Mateo. Es similar a la de los protagonistas, que dicen: «*Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, o sediento y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero y te acogimos, o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a visitarte?*» (vv. 37-39). *¿Cuándo lo hemos hecho? Así se expresa la sorpresa de todos, el asombro de los justos y la consternación de los injustos.*

¿Cuándo será eso? Podríamos decir lo mismo: esperaríamos que el juicio sobre la vida y el mundo tuviera lugar bajo la bandera de la justicia, ante un tribunal decisivo que, cribando todos los elementos, arrojara luz sobre las situaciones y las intenciones para siempre. En cambio, en el tribunal divino, la única cabeza de mérito y acusación es la misericordia hacia los pobres y descartados: «*Todo lo que hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis*», sentencia Jesús (v. 40). El Altísimo

parece habitar en el más pequeño de ellos. El que habita los cielos habita entre los más insignificantes del mundo. ¡Qué sorpresa! Pero el juicio se hará así porque será Jesús, el Dios del amor humilde, el que, nacido y muerto pobre, vivió como siervo. Su medida es un amor que va más allá de nuestras medidas, y su criterio de juicio es la gratuidad. Así que, para prepararnos, ya sabemos lo que hay que hacer: *amar gratuitamente y sin esperar reciprocidad, a los que están en su lista de preferencias, a los que no pueden darnos nada a cambio, a los que no nos atraen, a los que menos sirven*.

Esta mañana he recibido una carta de un capellán de un hogar infantil, un capellán protestante y luterano de un hogar infantil de Ucrania. Niños huérfanos por la guerra, niños solos, abandonados. Y dijo: «*Este es mi servicio: acompañar a estos descartados, porque han perdido a sus padres, la cruel guerra los ha dejado solos*». Este hombre hace lo que Jesús le pide: cuida a los pequeños en la tragedia. Y cuando leí esa carta, escrita con tanto dolor, me emocioné, porque dije: «*Señor, veo que sigues inspirando los verdaderos valores del Reino*».

¿Cuándo?, dirá este pastor cuando se encuentre con el Señor. Ese asombrado «cuando», que vuelve no menos de cuatro veces en las preguntas que la humanidad dirige al Señor (cf. vv. 37.38.39.44), llega tarde, sólo «*cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria*» (v. 31).

Hermanos, hermanas, tampoco nos sorprendamos. Tengamos mucho cuidado de no endulzar el sabor del

Evangelio. Porque a menudo, por conveniencia o comodidad, tendemos a suavizar el mensaje de Jesús, a diluir sus palabras. Aceptémoslo, nos hemos vuelto bastante buenos para comprometer el Evangelio. Siempre hasta aquí, hasta allá de compromisos. Alimentar a los hambrientos sí, pero el problema del hambre es complejo, y desde luego yo no puedo resolverlo. Ayudar a los pobres sí, pero entonces las injusticias tienen que ser tratadas de una manera determinada y por eso es mejor esperar, también porque si te comprometes entonces te arriesgas a ser siempre molestado y quizás te das cuenta de que podrías haberlo hecho mejor, es mejor esperar un poco.

Estar cerca de los enfermos y de los encarcelados, sí, pero en las portadas de los periódicos y en las redes sociales hay otros problemas más acuciantes, ¿por qué debería interesarme por ellos? Acoger a los inmigrantes sí, por supuesto, pero es una cuestión general complicada, se trata de política… No me meto en estas cosas… Siempre los compromisos: «sí, sí… pero no, no». Estos son los compromisos que hacemos con el Evangelio. Todo «sí» pero, al final, todo «no». Y así, a fuerza de «pero» y «sin embargo» –tantas veces somos hombres y mujeres de «pero» y «sin embargo»– hacemos de la vida un compromiso con el Evangelio. De simples discípulos del Maestro pasamos a ser maestros de la complejidad, que discuten mucho y hacen poco, que buscan las respuestas más frente al ordenador que frente al Crucifijo, en Internet más que a los ojos de los hermanos; cristianos que comentan, debaten y exponen teorías, pero que ni siquiera conocen a un pobre por su

nombre, no han visitado a un enfermo en meses, nunca han dado de comer o vestir a alguien, nunca se han hecho amigos de un necesitado, olvidando que «el programa del cristiano es un corazón que ve» (Benedicto XVI, Deus caritas est, 31).

¿Cuándo lo han hecho? –la gran sorpresa: sorpresa en el lado correcto y en el lado injusto– ¿Cuándo nunca? Tanto los justos como los injustos se preguntan sorprendidos. La respuesta es una sola: el cuándo es ahora, hoy, a la salida de esta Eucaristía. Ahora, hoy. Está en nuestras manos, en nuestras obras de misericordia: no en puntos y análisis pulidos, no en justificaciones individuales o sociales. En nuestras manos, y somos responsables. Hoy el Señor nos recuerda que la muerte viene a hacer la verdad de la vida y elimina todos los atenuantes de la misericordia. Hermanos, hermanas, no podemos decir que no sabemos. No podemos confundir la realidad de la belleza con el maquillaje artificial. El Evangelio explica cómo vivir la espera: vamos al encuentro de Dios amando porque Él es amor. Y, en el día de nuestra despedida, la sorpresa será feliz si ahora nos dejamos sorprender por la presencia de Dios, que nos espera entre los pobres y heridos del mundo. No tengamos miedo de esta sorpresa: avancemos en las cosas que nos dice el Evangelio, para ser juzgados justos al final. Dios espera ser acariciado no con palabras, sino con hechos.



"Cuidar ser cuidado, un tema que interesa principalmente a los médicos/as, enfermeros/as y técnicos de salud, detengámonos en esta cuestión. El cuidado constituye la ética natural de los trabajadores de la salud. Estos son, por excelencia, curadores. Lo que hacen es algo mesiánico, si por mesiánico entendemos bíblicamente aquella actitud que se compadece, se solidariza, acompaña todas las fases de la enfermedad de un paciente hasta curarlo o ayudarlo a hacer su tránsito"

* * *

RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA

Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

http://apostolado.org.ve/

@aposvenezuela

@aposvenezuela

www.facebook.com/apostoladovenezuela

E-mail: aporlacasta@hotmail.com

Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos

Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina

de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Coordinación: Leida Machado | Diseño gráfico: María Elena Ayala
Director de la Web: Humberto Santos Mijares